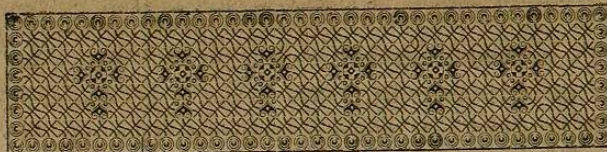
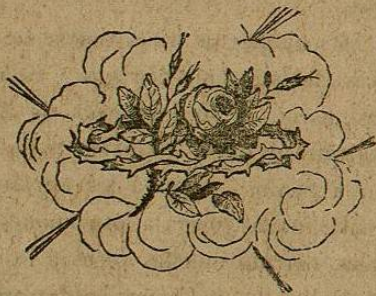


trado en Roma, entónces débil y asustada con la derrota inmensa que acababan de sufrir sus legiones. Pero Cartago debió perecer con el tiempo al hierro de los romanos, ó de otra nacion, porque como dice Tito Livio, *el ramo judicial entónces era tiránico en Cartago, especialmente porque su jurisdiccion era perpetua. Los bienes, el honor y la vida de cada individuo estaban en manos de este órden de magistrados. El que tenia por enemigo á uno solo de ellos, los tenia por enemigos á todos.* Muy caro le costó á Anibal la ley que obtuvo del pueblo á fin de que fueran temporales los jueces, y la ruina de este general intrépido acarreó la destruccion de aquella poderosa república originaria de Fenicia.



CAPÍTULO XXII.

HEBRON.

EL pais de Hebron es una de las regiones de Judea que tenia yo mas deseos de visitar: poco sabia por los viajeros que lo han descrito. Aly Bey y algunos ingleses dejan mucho que desear en sus apuntes. El camino es peligroso por las guerras entre los árabes de esta ciudad y los betlemitas, entre pastores y pastores, y por eso los católicos que me habian acompañado en otros lugares de Judea, no quisieron ir conmigo á esta ciudad de Abraham, y así tuve que servirme de árabes musulmanes en esta espedicion peligrosa.

Pasé otra vez por Tecue, poblacion célebre en la Biblia, entre otras cosas, por haber sido pastor allí el pro-

feta Amós: el aspecto lívido de las colinas que la cercan, su pálida desnudez, me han hecho reflejar ahora lo que otras veces he notado en mi viage de Judea. Me he dicho á mí mismo frecuentemente que este pais desolado habia debido inspirar la poesía melancólica de los profetas. ¿Cómo no hablar de la cólera y de las venganzas del Señor en una tierra que parecia herida de todas las maldiciones del cielo? ¿Podrian no tronar como el rayo Isaias y Ezequiel en una tierra en que al parecer el rayo lo habia devorado todo? La musa de Israel debia correr ardiente, y en desórden los cabellos. Es preciso haber estado en Judea, para comprender bien á los poetas del Señor. Aquí sobre todo, es donde la poesía es la espresion de los lugares.

El camino que va de Tecue á Hebron, pasa por montes y valles cubiertos de viñas, de encinas y de abetos, de modo que no se ve en él la triste naturaleza de Engaddi y de San Sabá; porque es un pais lleno de árboles, y ofrece á ratos indicios de un cultivo esmerado. Muchas aldeas están cerca de Hebron: la *aldea de la Virgen*, donde segun se dice, posó María cuando huia á Egipto, y el pueblo llamado *Fuente de Abraham*, son los mas notables lugares que por allí se encuentran: cerca de la aldea de la Virgen, vi una cisterna que aun conserva hoy el nombre de Sara. Este dulce nombre oido de una boca árabe en la tierra de Hebron nos recuerda los primeros dias del mundo, dias de pureza y de sencillez en que los hombres eran mas veraces, porque estaban mas cerca de Dios. Atravese valles

cubiertos de cosechas de cebada, y laderas coronadas de viñas, y mis guias me celebraron mucho el tamaño prodigioso de sus racimos.

En ninguna parte me ha encantado tanto la vegetacion como en Hebron: acababa yo de visitar los desiertos sombríos de Engaddi, de Tecue y de San Sabá, y ahora de repente me hallo en montañas llenas de arboledas, en llanura con cosechas, arbustos, plantas y flores. Las soledades que dejé me representaban la naturaleza como sepultada en una tumba, y á veces me parecia que se me escapaba la vida: pero aquí cambia el aspecto de la tierra, y tambien mis sensaciones. Encuentro con placer en estos sitios ramas verdes de encina, de algarroba, follage de abetos piramidales y yerbas en las colinas: comienzo á vivir como cuando despues de un triste invierno, se empiezan á ver las primeras hojas de la primavera.

Un antiguo viagero dice que en Hebron se ve *una hermosa ciudad y unas casas hermosas*, y en efecto, es ciudad mas limpia y mejor construida que la mayor parte de las que hemos visto por aquí. Hebron cubre la ladera de una colina, y sube á mas de cuatro mil el número de sus habitantes, que son israelitas y musulmanes, y no hay un solo cristiano, porque los discípulos del Corán no pueden soportar la presencia de los discípulos del Evangelio. El cuartel judío que en los lugares de Oriente solo ofrece miseria, se distingue aquí por la blancura de las casas y por una limpieza rara: se diria que los sepulcros de Abraham, de

Isac, y de Jacob, les han traído á los hebreos estos preciosos privilegios. Ni torres ni murallas defienden á la ciudad, y por toda defensa, hay un castillo. El terreno basta para alimentar á sus habitantes. ¡Qué diferentes son los bazares de Jerusalem de los de Hebron! Aquí abundan los víveres, y se camina por un suelo fértil, por una tierra halagüeña. Yo no he visto en Hebron semblantes pálidos, mejillas ni ojos sumidos por el hambre: el aire puro y la abundancia de comestibles, derrama la felicidad en el seno de la poblacion. La ciudad tiene sus manufacturas de brazaletes y lámparas de vidrio, lo que constituye casi todo su comercio. Además de este artículo cuenta Hebron con otro, y es la venta de pasas: en ninguna parte he hallado pasas mas hermosas y aromáticas que allí. Se hace una confitura de ellas, que es excelente y lleva el nombre de aquel lugar. Como no hay cristianos en él, no hay vino tampoco, y así despues de la vendimia se ponen al sol los racimos para que se sequen; pero si fabricaran vino, seria mejor que los mas celebrados vinos de Chipre y del Líbano.

No tiene Hebron edificios de que se pueda hablar con interes, porque el único monumento digno de ser visitado, está cerrado á los viajeros por el fanatismo musulman. Para dar á conocer lo interior de la mezquita que encierra las tumbas de los principales patriarcas, es preciso recurrir á la descripcion de Aly Bey.

Los sepulcros de Abraham, dice, y de su familia están en un templo que antiguamente fué iglesia griega.

Para entrar allí se sube una ancha y hermosa escalera, la cual conduce á una larga galería, de donde se entra á un pequeño patio. Hacia á la izquierda se ve un pórtico sostenido por pilares cuadrados. El vestibulo del templo tiene dos piezas, una á la derecha, que contiene el sepulcro de Abraham, otra á la izquierda que encierra el de Sara. La iglesia es gótica, y en su cuerpo, entre dos gruesos pilares á la derecha, se ve una casita aislada, donde está el sepulcro de Isac, y en otra á la izquierda el de su muger. Dicha iglesia, convertida en mezquita, tiene su mehereb, tribuna para la predicacion de los viernes, y otra para los muddens ó cantores.

Al otro lado del patio hay tambien un vestibulo, que tiene asimismo una pieza á entrambos lados. En el de la izquierda se halla el sepulcro de Jacob, y en el de la derecha el de su muger.

A la estremidad del pórtico del templo, sobre la derecha, hay una puerta, la cual conduce á una especie de larga galería que sirve tambien de mezquita; y de allí se pasa á otra pieza donde esta el sepulcro de José, muerto en Egipto, y cuyas cenizas fueron traídas por los hijos de Israel. Todos los sepulcros de los patriarcas se hallan cubiertos de ricas telas de seda verde, magníficamente bordadas de oro: las de sus mugeres son rojas, igualmente bordadas. Los sultanes de Constantinopla las suministran, y se renuevan de tiempo en tiempo. Conté nueve, una sobre otra, en el sepulcro de Abraham. Las cámaras donde están los sepulcros

se ven igualmente cubiertas de ricos tapices: defienden la entrada rejas de hierro y puertas de madera con planchas de plata, y cerraduras y cadenas del mismo metal. Cuéntanse mas de cien empleados y domésticos para el servicio del templo; de consiguiente fácil es conocer cuántas limosnas deberán distribuirse.

Al Poniente de Hebron, como á media legua, hay una mezquita edificada en lo alto de una colina que ocupa el sitio en que estaba la tienda de Abraham y la gran encina al pié de la cual el elegido de Dios sirvió el becerro asado, la manteca, la leche, y pan cocido en la ceniza á los tres viajeros enviados del cielo. Despues de cuarenta siglos aun crecen las encinas sobre la montaña donde estaba la encina de Abraham. ¿No es cosa muy misteriosa ver á la naturaleza asociándose de algun modo á los esfuerzos del hombre para perpetuar la memoria de un suceso tan antiguo? Yo toqué con un santo respeto el tronco y las hojas de esas pequeñas encinas, me agradaba cubrirme con su sombra, y me parecia que estaba viviendo en las edades primitivas, y que sentia en mí una cosa pura.

Al hacer recuerdos biblicos, añade el viajero, haré una breve descripcion de los funerales de Jacob, que fué sepultado en la gruta de Mambré. Estando para morir recomendó Jacob le llevasen á dormir en el sepulcro de sus padres, y José obtuvo de Faraon la licencia de llevar en persona los restos de su padre al sitio en que reposaban Abraham y Sara, Isac y Rebeca. Los primeros personages de la corte del rey, todos los hijos de los

patriarcas dejando en el pais de Gesen á sus hijos y ganados, acompañaron á José en esta peregrinacion. Carros, caballeros, y gran número de personas seguian el féretro, de modo, que se hubiera creido que eran aquellos los funerales del mismo Faraon. Cuando la comitiva fúnebre llegó cerca del Jordan, al lugar llamado la *Era de Atad*, se dieron gritos de dolor y se derramaron lágrimas por la muerte de Jacob, y duró siete dias la ceremonia. Los cananeos, testigos de los funerales, decian entre sí: *Ved aquí un gran duelo de los egipcios*, y desde entónces se le llamó á este lugar *el Duelo de Egipto*. Los hijos de Jacob despues de esto, cumpliendo con la última voluntad de su padre, llevaron á Hebron sus santos despojos y los depositaron en la cueva de Mambré.

Aquí no hubo ni pira fúnebre, ni sacrificio ni libacion; pero sea cual fuere el aprecio á las escenas de Homero, ¿podrán tener los funerales de Aquiles y Patroclo un carácter mas solemne que los funerales de Jacob?





CAPITULO XXIII,

BETANIA Y DESIERTO DE SAN JUAN.

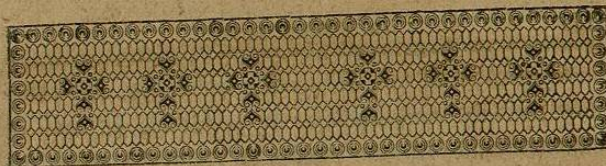
BETANIA, lugar pequeño, distante como una legua de Jerusalem, es muy célebre en el Evangelio, y era uno de aquellos lugares que Jesucristo frecuentaba: cuando se recorre á Betania y á los campos vecinos, se pisa una tierra que el Señor pisaba frecuentemente, y puede el viajero esperar que se sentará sobre las piedras en que se sentó el Salvador, de poner sus piés donde el Hombre Dios puso los suyos. Si el viajero se complace en visitar en Atenas los jardines de Academo, y de andar en esa ciudad por los sitios donde se paseaba Platon, ¿con qué interes no se detendría en las laderas y valles en que Jesucristo tenia constumbre de enseñar á sus discípulos aquellas doctrinas que habian de cambiar la faz del universo?

Si queremos hallar, dice el mismo viajero, una cosa ménos triste que Jerusalem, si queremos alhagar nuestros ojos con la vista de paisages risueños, es preciso ir al valle llamado *el desierto de San Juan*, situado al occidente de la ciudad Santa á distancia de hora y media de camino. Este desierto no es una tierra salvaje sin árboles y sin cultivo abandonado á las fieras y á los pájaros carnívoros: el desierto que ocultó la infancia y la juventud del Precursor es una de las soledades mas encantadoras en que quisiera uno acabar sus dias: allí hay valles adornados de arbutos y de flores, campos de cebada y de trigo, y una naturaleza agradable y llena de vida, tanto, que parece estar uno léjos de las regiones que maldijo Jehovah. Se encuentran en estos valles gran número de algarrobos. La gruta antigua de San Juan es una roca hueca y blanquizca suspendida en la ladera de un ribazo elevado: encima de la gruta hay ruinas de una iglesia; á un lado está una fuente de donde bebia, segun dicen, el hijo de Zacarias. Este desierto no presenta ni cabaña ni otra habitacion: los gorriones, los alondras y los ruiseñores son los únicos seres que animan esta santa soledad: sus cantos alegres se mezclan con aquella *voz del desierto*, que aun parece repetir al oido del peregrino: *Preparad el camino del Señor, haced rectos sus senderos.*

Recorriendo el desierto de San Juan, añade el viajero citado, tenia yo delante la alta montaña en que estaba Modin, patria de los macabeos.... Ricardo Co-

razon de Leon, que en la época de su expedicion á Palestina estuvo largo tiempo acampado en Rama, se aventuraba á veces solo ó acompañado de algunos cuantos caballeros, á buscar musulmanes á quienes combatir: un dia, habiéndose adelantado hácia las montañas de Jerusalem mas de lo acostumbrado, percibió la ciudad santa y lloró. Lloró Ricardo á la vista de aquella ciudad en cuyo auxilio habia tomado la cruz y la espada, y á quien su valor no podia libertar. Cuando Ricardo, el Aquiles de los cruzados, derramó lágrimas al aspecto de Jerusalem, ¿éstas son ménos heróicas que las lágrimas del hijo de Peleo? En las cercanías de Jerusalem, por el poniente no se puede descubrir la ciudad sino desde lo alto de la montaña de Modin, de donde se infiere que el monarca ingles estaba sobre esta montaña cuando distinguia á la ciudad santa. Ved pues aquí á Ricardo, defensor de la Cruz, á quien condujo el acaso á un sitio cercano á las tumbas de los macabeos defensores de Israel.

La montaña de Modin es de las mas altas de Palestina: desde la cumbre de este monte, se pasea la vista, al mediodia, sobre la Judea pálida y blanquizca: al poniente sobre las verdes llanuras de Rama, y sobre el mar: al norte sobre la Galilea, dividida por colinas risueñas: al oriente, los ojos se detienen en Jerusalem: esta ciudad vista desde las alturas de Modin se presenta con los colores mas tristes, y se parece á una ciudad caída sobre polvo: á su aspecto, mi corazon se entristecja, y poco me faltó para llorar como Ricardo.



CAPITULO XXIV.

DESIERTO Y CONVENTO DE SAN SABÁ.

HABIENDO llenado las lagunas que dejó Chateaubriand en su viage, volvamos á este desde donde lo habiamos dejado, á saber, desde que el autor partió de la cueva de los pastores de Belen encaminándose al desierto de San Sabá y del Jordan.

Saliendo de esta cueva, y caminando siempre al oriente, una punta de compás al mediodia, dejamos las montañas rojizas para entrar en una cordillera de otras blanquizcas. Nuestros caballos se atollaban en una tierra blanda y gredosa, formada de los destrozos de una roca caliza. Todo aquel terreno estaba tan desnudo, que solo se veían, de grande en grande distancia, algunas plantas espinosas, casi secas, y como cubiertas de polvo.

Al revolver de una de aquellas montañas, nos hallamos con dos campamentos de beduinos; el uno de ellos constaba de siete tiendas de pieles de ovejas negras, formando una especie de cuadrilongo; y el otro de unas doce tiendas colocadas en círculo; allí cerca estaban pastando algunos camellos y yeguas.

Ya era tarde para volver atrás: hubimos de manifestar ánimo, y pasar por el segundo campamento, sin que al principio nos sucediese nada, pues los árabes tocaron la mano de los betlemitas y la barba de Alí-Agá. Pero apenas hubimos pasado la última tienda, cuando un beduino detuvo al borricuelo que llevaba las provisiones. Los betlemitas le quisieron repeler, y él llamó en su auxilio á sus compañeros, los que de un brinco montaron en sus caballos, se armaron, y nos cercaron al instante. Alí lo pudo sosegar todo dándonos algun dinero, pues aquellos árabes exigen un derecho de pasage, creyendo á la cuenta que el desierto es un camino real, bien que cada uno es amo en su casa; pero esto no era mas que el principio de un lance mas serio.

Una legua mas allá bajando por la espalda de un monte, descubrimos la punta de dos altas torres que salian de un profundo valle, y eran las del convento de San Sabá. Estando ya cerca otra cuadrilla de árabes emboscados en lo hondo de una rambla, se tiró á nosotros dando terribles ahullidos. Al instante vimos volar las piedras, relucir los puñales, y apuntar los fusiles. Alí se arrojó en medio de la pelea, y to-

dos fuimos corriendo en su favor: cogió al capitán de los beduinos de las barbas, le tiró á los piés de su caballo, y le amenazó acabaria con él si no contenia á los suyos. Entre tanto un religioso griego asomado por lo alto de la torre, gritaba procurando ponernos en paz. De este modo llegamos á la puerta del convento, y los religiosos que estaban dentro daban vuelta á la llave muy despacio, pues temian que entre el desórden robasen el convento. Cansado el genízaro de tal tardanza, se enfurecia contra los religiosos y contra los árabes. En fin, sacó su sable, é iba á echar á abajo la cabeza del capitán de los beduinos, á quien con extraordinaria fuerza tenia siempre asido de las barbas, cuando se abrió el convento: todos revueltos nos metimos en un patio, y al instante se cerró la puerta, con lo que se encrespó la pelea: no estábamos en lo interior del convento, pues habia que entrar á otro patio, y la puerta de este aun no se habia abierto. Nos hallábamos, pues, apiñados en un corto espacio, hiriéndonos con nuestras propias armas, al mismo tiempo que nuestros caballos se habian enfurecido con el ruido. Alí dijo que me habia libertado de una puñalada que un árabe me iba á dar por detrás, y enseñaba su mano toda ensangrentada. Pero aunque Alí era muy valiente, codiciaba el dinero como buen turco. Abrióse en fin la última puerta del monasterio. Salió el superior de los religiosos, dijo algunas palabras, y se apaciguó todo. Entónces supimos el motivo de la disputa.

Los últimos árabes que nos habian acometido, perte-

necen á una tribu que pretende tener exclusivamente el derecho de escoltar á los extranjeros que van á San Sabá. Los betlemitas, que deseaban ganar el dinero de la escolta, y que querian sostener la fama que tienen de valientes, no habian querido ceder. El superior del monasterio prometió que yo pagaria á los beduinos, y con esto se compuso todo. Pero es el caso que en castigo yo no queria darles nada: mas Ali-Agá me hizo entender que si me obstinaba en ello, jamas podriamos llegar al Jordan, pues aquellos árabes llamarían á otras tribus, y no podriamos escapar de ser muertos: que por esta razon no habia querido matar á su capitan, pues si se hubiese derramado sangre, no nos quedaba otro partido que el de volvernos prontamente á Jerusalem.

No creo que haya convento que esté situado en parages mas tristes y solitarios que el de San Sabá. Se halla en la misma madre del arroyo Cedron, que puede tener por allí trescientos ó cuatrocientos piés de hondo. Este arroyo está seco, y solo por la primavera lleva algun agua rojiza y cenagosa. La iglesia ocupa una pequeña altura que hay en lo hondo del arroyo, y desde allí se van elevando las oficinas del monasterio por medio de escaleras perpendiculares abiertas en la misma peña, y de este modo suben hasta la caida del monte, donde terminan en dos torres cuadradas. La una de ellas está fuera del convento, y servia en otro tiempo como de puesto avanzado, ó de atalaya contra los árabes. Desde lo alto de estas torres se descubren las

estériles cimas de las montañas de Judea, y á sus piés se ve la seca madre del arroyo de Cedron, donde están las grutas que habitaron los primeros anacoretas. Ahora anidan en ellas algunas palomas que con su triste arrullo, su inocencia y candor, parecen recordar aquellos santos que en otro tiempo poblaron estas rocas. Ni tampoco me olvidaré de una palmera que crece en una pared de un terrado del convento, y creo que todos los viajeros repararán en ella como yo, pues en parages tan horrorosos y estériles, agrada encontrar alguna cosa verde.

El que quiera instruirse en la parte histórica del convento de San Sabá, puede leer la carta del padre Neret, y la vida de los padres del desierto. Se ven en este monasterio tres ó cuatro mil calaveras, que son de los religiosos que han muerto los infieles. Los religiosos me dejaron pasar un cuarto de hora contemplándolas, como si adivinasen que yo intentaba pintar algun dia el estado del alma de los solitarios de la Thebaida. Pero aun me causa pena el acordarme que uno de aquellos religiosos quiso hablarme de política, y descubrirme las secretas intenciones de la corte de Rusia; y yo no pude ménos de decirle: „Ay padre mio, ¿si aqui no hallais la paz, dónde ireis á buscarla (*)?”

(*) Oigamos ahora al devoto peregrino.

Aquel famoso desierto de San Sabá Abad, en el cual, como afirma el libro titulado Vida de los Padres del desierto, habia catorce mil monges, está como á tres leguas de Jerusalem, caminando hácia el Mediodia, siguiendo el valle de Josafat, cuyas corrientes van á parar al Mar Muerto. Este de-
TOM. I. 22